

Cómo pasé de ser una perra figurante a una verdadera bookcamper

Hoy D no se ha levantado demasiado tarde, ayer durmió sólo y hoy es domingo. Vuelve a ser todo mío. Mientras se acicala con el trapo verde que hace al avío de bufanda, los segundos transcurren como minutos para mí. Me estoy meando. Cuando D descuelga el llavero, el sonido metálico activa el movimiento pendular de mi cola, y entonces no hay quien la pare: pienso en corretear más de veinte metros seguidos sin paredes de por medio y en las raspas de las tapas de pescaito frito que me caerán en el bar del mercado. Comienzo a segregarse saliva. Mi lengua palpitante empieza a transpirar, me falta el oxígeno pensando en el próximo bocado. La calle y las tapas de pescaito frito son mis dos perdiciones cuando no estoy en celo.

D abre la puerta y como un cohete salgo disparada escaleras abajo. La puerta del portal está abierta, la atravieso y meo en la primera esquina que encuentro. D ya ha bajado, me engancha la correa y nos convertimos en un dúo asimétrico, cómico o patético, según se mire. La correa es sólo para atravesar la marabunta del domingo que se agolpa en la puerta de la iglesia; saber que cuando lleguemos a la altura del puente de Los Cachorros seré libre de nuevo me tranquiliza, de momento. Correr por el puente; raspas de pescaito frito del mercado... me relamo y meneo la cola con ansiedad sólo de pensarlo.

Pero D no me suelta antes de poner el pie en el puente. Extraño, lo hará en el otro extremo, o quizá lo hará mientras cruzamos y se echa un piti mirando al Guadalquivir. Ni lo uno ni lo otro, porque allí está ella, la AUTORA, la que me creó y luego me asesinó. Ella nos para y nos cuenta una historia divertida. Yo tengo hambre y no me hace maldita la gracia, sólo pienso en las raspas y en correr sin correa. Así que tiro y tiro, con todas las fuerzas de una perra salchicha, y izas!, me deshago de la correa.

Pero, esperen un momento, ¿por qué ya no estoy en el relato? Me siento como un chucho abandonado mientras veo cómo D y su nueva amiguita dejan atrás el puente para recorrer la ciudad y agotar la noche. Primero irán a llamar por teléfono y luego a tomarla hasta ver el amanecer entre la grasa de unos churros... ¿y dónde queda la perra salchicha en todo eso? Ni rastro de mí. Me siento traicionada. Durante un par de párrafos, en el mismo puente de Los Cachorros, la estrella del relato era yo, estrella segundona, pero estrella al fin y al cabo. La AUTORA se fijó en mí y en D alternativamente y le escogió a él. Apenas dos menciones, y zas, la perra salchicha fulminada. El mundo a veces es muy cruel, también en los libros.

Arrinconada en los márgenes de “Los puentes que amanecen mientras dormimos” me doy cuenta que ya no tengo amo, pero tampoco tiempo de relato que me ate. Y ahí descubro que no quiero conformarme con ser la segundona de un relato que a la mínima de cambio me pulveriza. Ui, ui, ui, creo que me estoy empoderando, yo solita, sin ninguna AUTORA mediante.

Libre, al fin, decido irme a conocer a Aniko, pero me basta un párrafo para advertir que no quiero ser su sombra, así que me largo a por mi segunda presa. Tengo que llegar al ático de la calle Valverde antes de que Dorian se esfume, pero calculo mal las palabras y Dorian ya se ha ido a Bali. Cambio de rumbo:

me dirijo a la consulta al dentista zurdo y llego el párrafo más apropiado: me enamoro de la doctora Salud.

En el trasiego de áticos y consultas me encuentro con un burruño de papel, es el aborto de una crónica sobre un tipo que perdió el dedo meñique en una atracción de feria, está guardada en un cajón, el relato no el dedo, junto a una botella de vodka que tiritita, '¿lo habrá escrito El Viudo II o AUTORA?', me pregunto mientras apuro el último trago.

Estoy borracha como una cuba, solo quiero más vodka y más personajes segundones como la doctora Salud. Y como quien no quiere la cosa, salgo de los márgenes de 'Instrucciones de Uso para el Sur", atrás se queda la constelación de relatos, y me adentro en una galaxia de libros de códdido libre.

Entonces llega el fin, o el comienzo, según se mire una vez más: la perra figurante, fisgona y empoderada, se convierte en la auténtica dueña de sus lecturas, una verdadera bookcamper. También descubre que la doctora Salud es la doctora Schmidt y se reconcilia con su AUTORA.